

Petróleo y Sociedad “El mito del progreso”

Apuntes para una narrativa

Luis A. Pacheco ¹

Buscar una respuesta a la pregunta de por qué Venezuela, después de más de noventa años de explotación petrolera y después de incontables coqueteos con la modernidad, se encuentra aún tan lejos de transitar el camino del desarrollo, es una tarea titánica, quizás tan titánica y utópica como la construcción de ese huidizo desarrollo.

Uno pudiese especular sobre las causas económicas, políticas y hasta climáticas de tan curioso fenómeno, y sin duda se pudiera estructurar alguna suerte de explicación coherente, pero hasta ahora ninguna muy convincente; como Henry L. Mencken dijo alguna vez: *“Para cada problema complejo hay una solución simple, clara y equivocada”*.

¹ El Dr. Pacheco tiene 40 años de experiencia en el sector de la energía, incluidos 17 años en la industria petrolera venezolana (PDVSA), donde ocupó varios puestos de alto nivel, incluidos: Director Ejecutivo de Planificación Corporativa y Director Gerente de BITOR (filial de hidrocarburos extra-pesado de PDVSA). De 2008 a 2016, ocupó el cargo de vicepresidente de estrategia y TI en Pacific Exploration and Production, la mayor empresa privada de petróleo y gas en Colombia y Perú. Entre 2019 y 2020, ocupa el cargo de presidente de la Junta Administradora ad hoc de PDVSA. Obtuvo el título en Ingeniería Mecánica en la Universidad del Zulia, Venezuela (1974); M.Sc. de la Universidad de Manchester (1976) y Ph.D. del Imperial College of Science and Technology, University of London (1980). Actualmente, el Dr. Pacheco es miembro no residente del Instituto Baker en la Universidad de Rice. Ha sido profesor de la Universidad Simón Bolívar en Venezuela, así como profesor invitado en el IESA, UNIANDES, la Universidad Sergio Arboleda, el Tecnológico de Monterrey, la Universidad de Harvard y la Universidad de Georgetown.

El atreverse siquiera a intentar explorar el por qué el petróleo no nos ha conducido por la vía definitiva del progreso es una tarea peli-grosa, y llena de medias verdades y de cronistas mal intencionados.

En muchas de las explicaciones que los expertos y cronistas se acostumbran a aventurar, el fantasma de la renta petrolera siempre se asoma como el chivo expiatorio de más aceptación. Un somero muestreo resulta en frases que les pueden resultar familiares:

- ▶ El petróleo destruyó la economía agrícola (Luciani)
- ▶ Hay que sembrar el petróleo (Uslar Pietri)
- ▶ Hay que guardar el petróleo para las generaciones futuras (Celestino Armas)
- ▶ El excremento del diablo (Pérez Alfonso)
- ▶ Hay que salirse de la OPEP (Sosa Pietri)
- ▶ El estado dentro del estado/ La Caja Negra (todos a una...)
- ▶ Es preferible que PDVSA invierta a que los políticos lo malgasten (PDVSA)
- ▶ El petróleo ahora si es de todos (Pérez Jiménez, Betancourt, Pérez Rodríguez, Chávez Frías...)

Sería fácil desdeñar estas frases, bien por no ajustarse a nuestra visión, por considerarlas superficiales o simplemente por equivocadas. Sin embargo, la reiterada aparición de versiones de ellas a lo largo de nuestra historia, nos debe hacer recapacitar y podemos aventurar que estas son las respuestas que el inconsciente de la sociedad venezolana le ha dado a su notoria insatisfacción con el petróleo. Como apuntó el escritor Ibsen Martínez en una entrevista a raíz de su obra *Los Petroleros Suicidas*: “Hay una esquizofrenia colectiva (...) y es que sí, sabemos que somos petroleros, pero no nos explicamos por qué rayos no somos ricos...”

Siempre con el dedo apuntando a la fatalidad,
nunca a nuestra voluntad.

Hoy, con su permiso, quisiera compartir algunas reflexiones sobre la industria petrolera, apoyándome en su larga y tormentosa historia pero con la mirada firmemente anclada en el futuro.

Decía Manuel Caballero: “...el petróleo es un Minotauro sin Homero²”, refiriéndose a la falta de dedicación de nuestros escritores a esta nuestra principal industria. Sin embargo, no hay más que pasearse por la larga historia del petróleo en Venezuela, para entender, que querámoslo o no, rotula nuestra historia contemporánea.

Miguel Otero Silva, en su novela *Casas Muertas* (1955), describe la pobreza que ahogaba a la Venezuela rural antes que el petróleo comenzará a transformar el paisaje, y por el otro asoma el sueño de progreso que el petróleo representaba, y que aún hoy perseguimos cual inalcanzable quimera:

“Venían de las más diversas regiones, de las aldeas andinas, de las haciendas de Carabobo y Aragua, de los arrabales de Caracas, de los pueblos pesqueros del litoral... Todos iban en busca del petróleo que había aparecido en Oriente, sangre pujante y negra que manaba de las sabanas, mucho más allá de aquellos pueblos en escombros que ahora cruzaban, de aquel ganado flaco, de aquellas siembras miserables. El petróleo era estridencia de máquinas, comida de potes, dinero, aguardiente, otra cosa. A unos los movía la esperanza, a otros la codicia, a los más la necesidad”.

² <https://encuentrohumanista.org/2022/11/03/frases-sobre-petroleo/>

Los Mitos del Petróleo

Aunque los hidrocarburos aparecen muy temprano en nuestra historia, no es hasta el reventón del pozo Barrosos N° 2, el 14 de diciembre de 1922, en la costa oriental del Lago de Maracaibo, que Venezuela entra a tomar su rol protagónico en el escenario petrolero mundial. Este suceso no solo es el hito que marca el comienzo de nuestra era petrolera, sino que también acuña, a mi manera de ver, ciertos arquetipos y mitos que nos acompañan hasta al día de hoy.

Una lectura de la historia y leyendas que se han tejido alrededor del pozo Barrosos N° 2 y su impacto en la Venezuela del Benemérito general Gómez, nos servirá, acepto que de manera simplificada, para señalar tres de los arquetipos que caracterizan la mitología venezolana acerca del petróleo:

-
- ▶ El hecho Milagroso
 - ▶ El Enclave
 - ▶ La Caja Negra
-

1. El hecho Milagroso

El Barrosos, localizado en las afueras de Cabimas, estuvo fluyendo sin control por más de diez días, y la historia que nos ha llegado cuenta que más de un millón de barriles fueron derramados. Dice la leyenda, que los vecinos del Barroso, ante el miedo que les causaba el ensordecedor ruido del reventón y la indetenible lluvia de petróleo que brotaba de las entrañas de la tierra, le rezaron a San Benito para que intercediera, y cantaron albricias cuando la naturaleza cedió.

Los ingenieros de hoy en día, racionales y prosaicos, argumentarían que el pozo se taponó con arena y ceso de fluir. Y aunque esta última es sin duda la mejor explicación, nosotros, los venezolanos, firmes herederos de los vecinos de Cabimas, hemos escogido relacionarnos al hecho petrolero del lado del milagro.

Esta aproximación mágica, herencia de nuestra cultura agrícola, ha sido reforzada a lo largo de nuestra historia por otros “milagros”. De cuando en cuando, casi en extraordinaria coincidencia con alguna crisis interna del país, un hecho externo fortuito ha disparado la demanda o los precios del petróleo y ha rescatado la economía nacional del abismo al cual se asomaba: la Segunda Guerra Mundial, la Guerra del Yom Kippur, la Caída del Sha, la Guerra de Golfo, la insurgencia de la economía China. De guerra en guerra, de milagro en milagro.

2. El Enclave

Ramón Díaz Sánchez, en su novela *Mene* en 1936, congela para la historia la animadversión que el petróleo promovió entre extranjeros y criollos.

“Casas de madera resplandecientes, sobre pilastras con techumbres aisladoras. Jardinillos plantados con acusado aire de forasterismo. Todo un pueblo nuevo y exclusivista, aislado del mundo circundante con una extensa verja de hierro (...) Allí predomina el blanco, un blanco neto, agresivo como el de los modernos hospitales y salones de barbería. Sugiere el confort de aquellos chalets cierta idea de cartujismo, con todo lo necesario para no carecer de nada...”

(*Mene*, Ramón Díaz Sánchez, 1936)

No es mera coincidencia que esta novela fuera publicada en el mismo año de la primera huelga petrolera, llamada la huelga del “agua fría”, que fue sintomática de la animadversión que sembraron a su alrededor, los “musius” del petróleo. Interesante recordar que esta huelga es la semilla principal del sindicalismo en Venezuela. Ochenta años más tarde que se escribiera MENE, el enclave sobrevive, física y mentalmente, en los campos petroleros rodeados de la real Venezuela y en los corredores del poder político.

3. *La Caja Negra*

Asociado al mito del enclave, se acuñó el mito del secreto deshonroso, cuya encarnación nacionalizada se ha dado en conocer como “La Caja Negra”. Imaginemos por un momento a los venezolanos opuestos a la tiranía gomecista, observar a unos extranjeros, de ojos claros, hablando en un lenguaje desconocido, armados de extrañas máquinas, abriendo hoyos en la tierra, extrayendo un negro líquido y transportándolo allende los mares. Viviendo en campos cercados, y relacionándose solo con los gobernantes, quienes a espaldas de sus gobernados y escondidos tras la legitimidad del estado, usufructuaban la bonanza minera que los extranjeros producían y los locales poco disfrutaban.

¿Es de extrañar entonces que el venezolano percibiera el petróleo como un hecho oscuro y pecaminoso? Más allá del hecho objetivo de que después de la nacionalización la cosa petrolera estuvo sometida al escrutinio del estado como nunca antes, el mito sobrevivió, porque así son las buenas leyendas: perdurables, indestructibles.

Pero no es mi intención reescribir la historia, como se ha vuelto muy de moda hacer en estos tiempos de intelectualidad petrolera tarifada. Nada puede borrar los impactos, positivos, los más, y negativos, los menos, que el petróleo tuvo en la Venezuela rural y atrasada de principios del siglo XX. Observaba Emilio Pacheco³, hablando del General Gómez, “... *el petróleo apuntaló la tiranía, pero también creo las condiciones para su disolución...*”.

Lo que es difícil entender y nos debe dar pausa, sobre todo a aquellos de nosotros que pretendemos construir opinión alrededor del tema, es que cien años después del Zumaque I, la visión que Venezuela tiene del petróleo, y como consecuencia de la política petrolera, todavía gira alrededor de creencias originadas en una realidad y

³ Emilio Pacheco. *De Castro a López Contreras*, Editorial Domingo Fuentes, 1984.

en una sociedad que ya no existe, pero que perdura en la cosmovisión de los venezolanos.

Somos un País Rico

El notable crecimiento económico de Venezuela durante una gran parte del siglo XX, sobre todo después de la II Guerra mundial, y la migración de país rural a un país con todos los síntomas exteriores del desarrollo, nos llevó a pensar, no sin motivo, que nuestro destino era ser ricos porque teníamos petróleo y otros recursos en abundancia.

Todos habremos oído alguna vez la historia de la conversación entre San Pedro y Papa Dios al momento de la creación, donde ante la queja de San Pedro de que a Venezuela se le habían adjudicado riquezas en demasía, Papa Dios responde que no hay que preocuparse ya que para balancear crearía tal o cual partido político.

Un análisis de las cifras de ingresos generados por el petróleo, durante las últimas décadas, nos permite identificar algunos hechos que nos dieron pie a pensar que éramos ricos, y también, algunos hechos generados por pensar que seguiríamos siendo ricos.

Durante la bonanza petrolera que precedió a la nacionalización (estatización de la industria petrolera), en los años 70, llegamos a tener ingresos petroleros de más de 3.000 dólares per cápita. Ese espejismo, que hoy conocemos como la Venezuela saudita, motivó entre otras cosas adelantar la reversión petrolera, y con euforia nacionalista el país tomó la decisión de transformar al Estado de administrador del recurso en el subsuelo, a empresario del petróleo.

Aunque hoy podemos ser críticos de tales decisiones, no hay que olvidar que el consenso de los expertos entonces era de un crecimiento indetenible del precio del petróleo (se llegó a hablar de petróleo a \$100) y de riquezas sin límite. Pero el espejismo duro poco, y Venezuela y sus socios de la OPEP, en un intento suicida por mante-

nerse en el sueño, destruyeron su capacidad de producción y abandonaron sus mercados. Venezuela redujo su capacidad de exportación en el lapso de una década en casi 2 millones de barriles/día, sacrificio que sin embargo no detuvo la irremediable caída de los precios. Cuando finalmente recapacitamos, y cambiamos de senda, nos tomó algo más de dos décadas recuperar sustancialmente nuestra capacidad de producción y exportación.

Durante los tres primeros lustros de este siglo XXI transitamos una situación similar: un espejismo de bonanza petrolera temporal y una destrucción sistemática de nuestra capacidad de producción y pérdida de mercado, esta vez por incompetencia técnica y politización de la industria. El sueño irremediablemente se ha tornado otra vez en pesadilla. Nos encontramos con una industria petrolera sacrificada en el altar de una ideología impermeable a la razón, con el agravante de contar con una creciente población, engañada por cantos de sirena y buscando a quien culpar de la bonanza perdida. Una dura lección que nos tocará aprender de nuevo.

Las Consecuencias del Enclave

Si en algo la industria petrolera nacional, en particular la PDVSA pre-Chávez, falló, fue en entender que su propio desarrollo, empresarial, técnico y humano, producto de su carga genética, de su misión empresarial, y de las presiones darwinianas presentes en el entorno competitivo del escenario energético global, no era compatible con la visión minera que el resto del país, en particular el país político, mantenía y aún mantiene sobre el petróleo.

La industria petrolera nacionalizada, ensimismada en lo que eran sus innegables logros empresariales, no pudo detectar a tiempo cómo esa brecha de visiones se iba ensanchando. Lo que en el pasado era la tensión, a menudo destructiva, entre las multinacionales y los gobiernos (así como con las comunidades en su entorno), fue sustituida por la tensión que se origina en la diferencia de visiones con

diferentes sectores del país, sin sincronización de metas o aspiraciones. Lo mismo ocurría en otros sectores, económicos y políticos, que se veían desplazados por el “Gargantúa” que la industria nacionalizada tendía a encarnar.

En particular, al Estado asumir el rol de inversor en la industria petrolera, se crearon las condiciones para que los requerimientos de capital de la industria entraran en competencia con los requerimientos de otros sectores del estado. En esta competencia, de difícil balance, se fueron creando conflictos fundamentales en donde ambas partes encontraron obstáculos para establecer terreno común, reforzando el arquetipo del petrolero desconectado del resto del país.

El Falso Arranque

En la década de los noventa, la política petrolera del Estado venezolano tomó el rumbo de la expansión de capacidad de producción en función de sus ventajas comparativas de recursos naturales, oportunidades de mercado y necesidades fiscales. En ese escenario, emerge con renovada fuerza una diatriba virulenta entre aquellos que, por un lado suscribían el control monopólico del estado, y por el otro aquellos que veían en la ampliación de la participación de la privada el camino del desarrollo virtuoso.

Esta visión maniquea alrededor del petróleo, destructiva porque llama a la polarización de la opinión pública, es en última instancia una discusión estéril. El cerrar la industria petrolera a la inversión privada no solo no era factible sin destruir buena parte de la industria, sino que también hacía caso omiso de las necesidades reales de inversión que el país necesitaba para promover el crecimiento económico necesario.

La llamada “Apertura Petrolera” fue capaz de atraer ingentes capitales y resultó en nueva producción en áreas tradicionales, y en particular en la Faja del Orinoco. Este esfuerzo perdió dinamismo durante la primera parte de este siglo, tanto por razones políticas

como técnicas, en un ambiente de precios crecientes que maquillaron por muchos años el colapso real de la capacidad productiva y sus efectos negativos en la economía. Por otro lado, la falta de un Estado competente, con el interés de la Nación como su foco, requisito indispensable para establecer un campo de juego nivelado y en última instancia fecundo para todos los actores, ha sido un factor regresivo en esta dinámica.

Aun así al 2017, el 50% de la producción nacional es realizada por empresas con participación privada⁴, algo paradójico cuando se considera el discurso nacionalista y patriotero del gobierno de turno.

El Camino hacia Adelante

Cuando miramos hacia delante, no hay duda de que la industria del petróleo y gas todavía representa nuestra gran oportunidad y palanca para el desarrollo. Para materializar este potencial es indispensable un gran consenso nacional que reconozca que de la pobreza solo se sale con crecimiento económico. La historia de la humanidad ha demostrado, con crudos hechos, que la ideología podrá mover los corazones, pero no alimenta los estómagos ni da cobijo de la intemperie, al menos no de una manera sustentable.

La sociedad que hemos construido alrededor de la “mina” petrolera tiene valores culturales que deben ser cuestionados si queremos modificar nuestro pobre desempeño económico, y con ello lograr el crecimiento necesario para sacar a la nación de la pobreza.

La narrativa del arquetipo minero, y las creencias que giran alrededor de él, han moldeado en gran parte lo que es la sociedad venezolana en la que hoy vivimos. Creyendo que somos ricos, invertimos tiempo y esfuerzo en identificar nuevas y más justas manera de distribuir la riqueza que no hemos trabajado.

⁴ Hoy día, esa proporción es significativamente mayor.

No acabamos de entender que convertir el recurso en riqueza requiere de esfuerzo financiero, tecnológico y organizacional, y que no podemos repartir la riqueza que no tenemos, sin producir la riqueza que sí podemos.

No debe quedar la menor duda de que el desarrollo económico necesario solo es posible si se habilitan TODOS los actores económicos: nacionales y extranjeros. Los niveles de crecimiento no los puede dar solo el petróleo y menos aún el monopolio del Estado; de hecho, esto es una realidad objetiva desde hace más de dos décadas y que los gobiernos se empeñan en ignorar.

Me atrevería a decir, que nuestra sempiterna crisis política es el resultado directo de nuestra incapacidad de crear los mecanismos de creación de riqueza necesarios para mantener una sociedad en armonía.

Pero no existe una sola narrativa que sustituya el imaginario existente. Los actores en este diálogo: el sector político, la academia, las comunidades, los militares, los industriales, las compañías petroleras, etc., tienen intereses y creencias disímiles y es imprescindible identificarlos para poder crear los diálogos necesarios; de lo contrario, repetiremos las posturas refractarias del pasado.

Perspectivas de Futuro

El petróleo y el gas fueron el motor de la economía mundial del siglo XX, así como de buena parte de nuestro desarrollo. Estos recursos, sin duda, continúan siendo una ventaja comparativa y competitiva que no debemos despreciar y que debemos promover como una importante actividad productiva y un factor indispensable en la recuperación y crecimiento de nuestra economía.

Esta ventaja, sin embargo, solo nos llevará parte del camino. Ya se divisan las señales que anuncian el próximo recodo en el camino y que apuntan hacia el ocaso de la era de los combustibles fósiles.

Como país debemos identificar la siguiente ola de revolución económica y tecnológica y montarnos en su cresta, ya que solo así podremos elevarnos a los niveles de desarrollo requeridos para salir de la pobreza. El petróleo y el gas son solo el asfalto en el camino hacia ese inevitable futuro.

Pero mientras tanto, pecaríamos por desidia si no nos abocamos a desarrollar las ventajas que el sector de la industria de los hidrocarburos nos ofrece. Para ello debemos transformar la estructura del sector, delimitando los roles y responsabilidades que el Estado, y los demás actores económicos nacionales y extranjeros, deben tener.

Debemos salvaguardar los derechos de la Nación, pero incentivando a todos los actores, de la manera más amplia, a participar. El panorama del sector hoy día está lleno de oportunidades sin aprovechar, ya por falta de recursos financieros o tecnológicos, ya por limitaciones legales, ya por exceso de ideología. La industria de los hidrocarburos, apropiadamente estructurada, puede establecer la base sólida para el crecimiento.

Para ello se requiere de la ampliación de la base de capital financiero y humano, incentivando la participación privada. No solo es necesario modificar la legislación y la gobernabilidad del sector, debemos también entender que solo a través de la implantación de los incentivos adecuados y de reglas claras y justas, es que se puede promover la creación de una verdadera industria venezolana de los hidrocarburos; diferente y más eficiente y efectiva que el modelo de industria petrolera estatal que nos trajo hasta aquí.

Puntualizando

El reto de preservar la Nación pasa por erradicar los mitos y creencias que nos mantienen atados a los hechos del pasado, que se han convertido en los prejuicios del presente, bajo la guisa de ideología nacionalista.

Hacer eso no es tarea fácil y probablemente necesitemos de “intervención” para poder establecer una nueva síntesis, adecuada a los nuevos tiempos y entendiendo que no hay soluciones mágicas.

Lo que sea que diseñemos debe ser sustentable para que pueda ser eficaz; y que cuando hablamos de construir una nueva narrativa no significa hacer un adefesio de la suma de las viejas narrativas, sino buscar innovar.

La necesidad de un cambio cultural no debe ser despreciada y aunque la ingeniería social es siempre un ejercicio pedante y sin duda peligroso, hay que empezar a erradicar la mentalidad minera.

El petróleo no es un enclave. El petróleo no es una caja negra, el petróleo no tiene nada de mágico o milagroso. La verdadera magia reside en las fuerzas productivas de la sociedad y en el derecho inviolable de cada ciudadano a tomar sus propias decisiones.

“Mene y Casas Muertas... ambas son novelas donde el petróleo es visto desde afuera; y sus autores hacen un viaje a esa tierra extraña y nueva donde se explota el hidrocarburo, pero que es una tierra que nada tiene que ver con la propia: nada que ver con la Venezuela que tanto Díaz Sánchez como Otero Silva siempre han conocido como la suya. Es un país extranjero, donde domina el diablo, el minotauro”.
(Manuel Caballero, Un minotauro sin Homeros, El Universal, abril 12, 1998).

Abandonemos el miedo al diablo y a la oscuridad que él representa. Si no, habitaremos un pueblo fantasma.

Bogotá, agosto de 2017